

méritos, citar sus defectos, hablar del estilo, distribuir coronas y alabanzas, como es de cajón, y sobre todo, ordenar este artículo que allá va como fué saliendo. Pero ya no hay espacio.

La literatura en días como estos debe contentarse con un rincón en los periódicos y otro rincón en el cerebro de los lectores.

Yo mismo, bastante alejado de las esperanzas cortesanas, estoy pensando en este momento en la política, y estoy preguntándome: ¿cuántas palabras redondas tendrá el Sr. Robledo? ¡Paso, paso á la política!



JUAN FERNÁNDEZ

UN Sr. D. Juan Fernández, que no escribe mal, pero que debe de tener muy mal genio y ser en su casa un tirano con grandes berrinches, publica en *El Imparcial* un artículo rabiado contra Miguel Escalada, que todos sabemos que es un escritor muy conocido y muy listo. D. Miguel sabe defenderse y aun atacar, y en esta ocasión, si lo juzga conveniente, responderá con los bríos que ya demostró cien veces. Pero como si sobre él va el chubasco, algo nos moja á los que más ó menos hemos sacado á relucir las definiciones de la Academia, yo, por lo que me toca, y además porque quiero y la calle es de todos, voy á echar también mi cuarto á espadas.

El Sr. Fernández quiere defender á la Academia de los censores que en una ú otra forma criticamos el *Diccionario de la docta Corporación*, y parece así como que se funda, para declarar la impertinencia de tales críticas, en el buen estado de nuestras relaciones con

la América española. La filosofía del señor Fernández viene á ser esta: si queréis que los americanos nos consideren y se arreglen con nosotros, no desacreditéis á los académicos actuales que nos representan. Ante todo, Sr. Fernández, muchos de los académicos actuales no tienen nada que ver, ó tienen muy poco, con la última edición del Diccionario, y seguro estoy de que los disparates que entresaca Escalada no son de Castelar, ni de Campoamor, ni de Núñez de Arce, ni de M. Pelayo, etc., etc. Todos estamos en el secreto. Pero de todas maneras, si el Diccionario tiene muchos disparates—y si los tiene,—más nos desacredita el solo que acompañado de comentarios, los cuales pueden probar á lo menos que hay en España quien sabe español mejor que los que no lo saben. Si los disparates fueran pocos, se podría hacer la vista gorda (y aun así convendría más no hacerla); pero son muchos, señor Fernández, son muchos. Dice el paladín de la Academia que entre tantos cientos de miles de vocablos, algunos tienen que ir mal definidos. ¡Pero, Señor, si son tantos los que van mal! Abro por cualquier parte el tomazo ese, y salta un gazapo. Probemos.

Catedrático.—Bien; justamente ese es mi oficio. Veamos lo que soy yo, según la Academia:

«Catedrático.—El que tiene cátedra para enseñar la facultad á que pertenece.» No es verdad; yo tengo una cátedra, pero no enseño la facultad á que pertenezco, porque pertenezco, v. gr., á la facultad de De-

recho, y enseño exclusivamente una asignatura de esa facultad; por ejemplo, Derecho Romano. Un catedrático que enseñara la *facultad* á que perteneciera, reventaría de fijo.

Y á propósito de Derecho Romano: el Diccionario habla de *novelas*, y se mete á decir que así se llama á «cualquiera de las leyes nuevas de los Emperadores que se *añadieron* y *publicaron* después del *Código de Justiniano*.» Todo eso está mal. Verá usted, Sr. Fernández: 1.º Justiniano publicó dos Códigos; hace falta decir, por tanto, que aludía al llamado *Repetita prelectionis*. 2.º Aun así, no habríamos adelantado nada, porque esas novelas no se añadieron al Código. 3.º Mucho antes de las novelas de Justiniano, cuando no había tal Emperador, se publicaron muchas novelas de varios antecesores de Justiniano con el título de *Novelle Constitutionis*. Querrá usted decirnos que los académicos no tienen obligación de saber estas menudencias; pues entonces, ¿para qué se meten en novelas de once varas? Además, el Diccionario no sabe que en Alemania hay leyes que se llaman novelas también. Y basta de novelería.

«Carbón de piedra.—Fósil, etc., etc., de color oscuro ó casi negro.» Negro, señor, negro; atrévase usted: negro como un carbón. ¿No es negro el carbón? ¿No hay carbón negro?

«Cana.—Más usado en plural.» ¿Por qué más usado en plural? ¿Qué sabe la Academia? ¿Ha hecho la esta-

dística de las veces que se ha hablado de una cana sola y de varias? «La primera cana, una cana al aire, arráncame esta cana,» son frases que se emplean con tal frecuencia, que es incalculable el número de veces que se habrán usado. ¿Quién la mete á la Academia en tales matemáticas, ni qué falta hacen?

«Club.—Junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina.»

Eso quisiera Cánovas. El club será comúnmente clandestino cuando no haya libertad; pero habiéndola, ¿por qué? ¿Ó es que el Diccionario, escrito por reaccionarios (y esta es la madre del cordero), sólo sirve para cuando manden los conservadores? Además, si se admite la palabra *club*, debe ser con su sentido propio, y los clubs no son exclusivamente políticos: ahí están el Veloz-Club, el Bilis-club y otros.

«Ciclón.—Huracán en el Océano Índico.»

Ya lo oyen los marineros de nuestras costas; cuando les hablen de ciclones, ríanse y digan: ¡ahí me las den todas! Para el Diccionario no hay más ciclones que los del Océano, y eso el Índico...

«Cieno.—Lodo blando que forma depósito en ríos, y *sobre todo* en lagunas.»

Ese *sobre todo* vale un mundo. Y lo de no haber cieno más que en los ríos y en las lagunas, vale otro; otro mundo.

«Levantar la casa.—Mudarse una persona *con su familia* de un lugar á otro, para residir en él.»

De modo, que el que no tenga familia, aunque tenga casa puesta, no puede levantar la casa. Y el que la levanta, como no sea para residir en otro lugar, como si no la levantara. Yo, por ejemplo, con familia y todo, en vista de que siendo catedrático tengo que enseñar una facultad, y esto es mucho para mí (*sobre todo*, como dice la Academia, en vista del poco sueldo que me dan), decido dejar el oficio y hacerme... cualquier cosa, cómico de la legua, sin residencia fija, v. gr. Lo primero que se me ocurre es levantar la casa...; pero no puedo, porque la Academia me obligaría á residir en otro lugar; y eso no me conviene. Claro que las más veces el que levanta la casa se muda y se va á vivir á otro lugar, es decir, no á otro lugar en el sentido de otro pueblo precisamente, como parece indicar la Academia al escribir para *residir* en él. Y *sobre todo*, el que levanta la casa puede no tener familia.

«Mientras en mi casa estoy, rey me soy.—Refrán que *indica* que quien está contento con su suerte, no solicita *favores ajenos*.»

1.º Los favores siempre son ajenos, según el Diccionario, pues es favor «ayuda, socorro que se concede á uno.» Y yo no me ayudo ni me socorro á mí mismo.

2.º Ese refrán no quiere decir precisamente lo que la Academia asegura que indica.

Y basta por hoy.

El Sr. Fernández insiste en que la campana es una

copa boca abajo, y cita en su apoyo muchas autoridades extranjeras. Pues yo le citaré autores diversos que aseguran que copa es una campana boca arriba. Y todos se engañan; porque las campanas y las copas no dejan de ser lo que son, estén boca arriba ó boca abajo. No parece sino que por decir: lo dijo Littré, ya... ¡boca abajo todo el mundo!

De modo que una campana echada á vuelo, mientras va boca abajo, es campana, y cuando va boca arriba es una copa.

Panza arriba y panza abajo, los disparates siempre son disparates, aunque se traduzcan de cuatro idiomas; la única ventaja que hay en esa *poliglotería* es la de

Y supuesto que dices boberite vendrán á entender cuatro nacio-

El Sr. Fernández defiende una mala causa, y si no escribe mal al defenderla, no es esto decir que la defienda bien. Despreciar á Miguel Escalada por desconocido, es una puerilidad. Escalada todos sabemos quién es; podrá estar un poco crudo á veces, pero peor sería que estuviese cocido; tal como es, tiene mucha gracia, razón casi siempre en lo que sostiene, y muy bien ganada su reputación. *El Imparcial*, con su gran publicidad, da resonancia á los artículos de don Miguel; pero interés, mérito y cierta autoridad, los tendrían de todas maneras.

Esto, que no podría decirlo Escalada al defenderse,

lo digo yo con mucho gusto, y es el principal motivo por que escribo este deshilvanado articulejo. Y ahora, Sr. Fernández, voy á despedirme de usted con una frase que le va á hacer gracia:

«¡Adiós con la colorada!»

(Frase que, según la Academia, se emplea para despedirse.)